

TEORIA Y METODOLOGIA DEL ANALISIS CUALITATIVO. UNA POSTURA SOCIOLOGICA

Jorge Bartolucci IISUE/UNAM bartoluc@unam.mx

PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA: LA CONSTITUCIÓN DE LA SOCIEDAD

Vulgarmente, el análisis cualitativo se identifica con dispositivos técnicos para recabar información que difieren de otros llamados cuantitativos. En esta ponencia sostengo, en cambio, que la diferencia radica más en un asunto de naturaleza teórica que técnica. Me refiero a una manera específica de encarar el mundo empírico mediante estrategias analíticas que permitan observar y analizar los hechos sociales sin perder de vista el cimiento básico de la vida social.¹

El punto de partida es la premisa sociológica de que la realidad social es un ente que no tiene sentido propio fuera del que le dan los sujetos que la producen y reproducen. La profundidad teórica que encierra esta premisa sugiere que los fenómenos sociales han de ser concebidos como entrecruzamiento de acciones realizadas por individuos que comparten determinados contextos históricos, sociales, económicos, políticos y culturales y los perciben, valoran, representan y significan desde posiciones sociales y puntos de vista diferentes.

Gracias a las obras clásicas de la sociología sabemos que el carácter social de un fenómeno es algo que éste no posee objetivamente, sino que está sobrepuesto. La vigencia de este paradigma teórico data al menos desde los estudios de Emile Durkheim sobre *Las formas elementales de la vida religiosa*, donde demostró que el carácter sagrado que reviste a los objetos religiosos no está implicado en sus propiedades intrínsecas, sino que resulta del valor que le adjudican

los creyentes.¹ Dicho sea en palabras de Alfred Schutz, para la sociología los hechos puros y simples no existen, siempre se trata de hechos interpretados. La experiencia social es inseparable de la acción reflexiva mediante la cual le atribuimos sentido a nuestras acciones y a las de los demás y le conferimos valor y significado a las cosas, a las ideas e inclusive a otros hombres. Mediante esas construcciones de sentido acerca de la vida cotidiana interpretamos, representamos, justificamos y expresamos el mundo en que vivimos y seleccionamos la parte que cotidianamente reconocemos como nuestra realidad. Esos objetos de pensamiento motivan nuestra conducta y nos ayudan a orientarnos dentro del medio social que nos es propio y a relacionarnos con el.²

Todo nuestro conocimiento del mundo, vulgar o científico, supone construcciones mentales, es decir, abstracciones, generalizaciones, formalizaciones e idealizaciones sobre los hechos que experimentamos directa o indirectamente. Dichas representaciones son al mismo tiempo nociones y referentes para orientar nuestro comportamiento en sociedad, y pueden asumir formas rudimentarias como las opiniones e ideas que expresamos cotidianamente o formas más elaboradas como los mitos, las ideologías, las religiones y aún la ciencia misma. A este acervo pertenece nuestra convicción de que el mundo en que vivimos es un mundo más o menos bien determinado, con cualidades bastante definidas que oponen resistencia pero que también nos permiten actuar. Aunque esta comprensión y entendimiento tiene ciertos límites, para muchos fines prácticos basta como esquema de referencia.³

¹ Emile Durkheim, Las formas elementales de la vida religiosa, Ediciones Coyoacán, México, 2001.

² Alfred Schutz, El problema de la realidad social, Amorrortu, Bs. As. 1974,

³ Ibidem.

Esto se llama nada más ni nada menos que cultura. Max Weber definió el concepto de cultura como un concepto de valor. Los hombres nos relacionamos con la realidad mediante ideas de valor y en dicha relación solo algunos elementos de la misma se vuelven significativos. Motivado por esas ideas nuestro interés resalta una pequeña parte de la realidad, la cual adquiere una relevancia especial para nosotros. Ella exhibe relaciones que juzgamos importantes a causa de su ligazón con aquello que vale la pena desde nuestro punto de vista. Como resultado de este proceso significativo de la realidad, el mundo social al que pertenecemos, con todas sus manifestaciones físicas o simbólicas, adquiere una textura de sentidos que es cimentada y compartida socialmente.⁴ Podemos entender la conducta de nuestros semejantes porque presumimos que ellos comprenden y comparten nuestras propias acciones. Ese orden de sentido es sostenido y reproducido ínter subjetivamente.

EL ENFOQUE SOCIOLÓGICO: EL ANÁLISIS CUALITATIVO

Debido a que los hechos que interesan a las ciencias sociales corresponden a una entidad tan *sui generis*, los sociólogos estamos obligados a producir un tipo de conocimiento que dé cuenta de la compleja serie de interacciones significativas que desde su origen le adjudican algún sentido particular a su existencia y merced a la cual siguen vigentes y se reproducen; o por la misma vía, a dar cuenta de los procesos que condujeron a su fin o produjeron algún cambio.

Una estrategia analítica de este tipo requiere, ante todo, hacer a un lado la tentación intelectual de recurrir a las generalizaciones sociales para explicar mecánica, directa y unilateralmente lo observado. La sociedad no puede analizarse como el conjunto transparente que tan frecuentemente se quiere ver.⁵ En caso contrario, es inevitable caer en

⁴ Max Weber, Ensayos de Metodología sociológica, Amorrortu, Bs. As., 2001, Pág., 65

⁵ Michel Crozier, El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva, Editorial Alianza, 1990.

ilusiones simplificadoras de la realidad social. Los factores sociales no están escindidos de las problemáticas individuales, son hechos vivos que están presentes en la realidad cotidiana de las personas. Acordemos con Wright Mills que cuando las clases suben o bajan, un hombre tiene trabajo o no lo tiene, cuando la proporción de las inversiones aumenta o disminuye, un hombre toma nuevos alientos o se arruina, cuando sobrevienen guerras, un agente de seguros se convierte en un lanzador de cohetes, un oficinista en un experto en radar, las mujeres viven solas y los niños crecen sin padre. Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad son comprensibles sin relacionar ambos niveles de la realidad.⁶

En correspondencia con el pensamiento de Mills, en lugar de explicar la conducta humana como producto mecánico de la obediencia o de la presión de las circunstancias estructurales, se plantea la necesidad de considerar dichas generalidades a partir de la forma como son o fueron registradas y representadas socialmente por los propios sujetos. La posición de Mills se fortalece si traemos a colación los aportes de Michel Crozier, para quien el ejercicio de la significación de la realidad social representa, indefectiblemente, un margen de libertad que por mínima que sea, pone de manifiesto una elección mediante la cual las personas toman las oportunidades que se les presentan en el marco de las restricciones que les son inherentes.⁷ Para todos, éste es el espacio donde manifestarse y hacer pesar sus posiciones, valores e intereses aunque sea de manera completamente desigual. Los factores sociales se observan así, bajo la luz de una construcción significativa sobre lo

⁶ Wright Mills, La imaginación sociológica, Fondo de Cultura Económica, México, 1975

⁷ Michel Crozier, El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva, Editorial Alianza, 1990.

que pudiera ser pertinente y con tal base, posible, aceptable y deseable, para sujetos situados socialmente.

Los méritos del trabajo de Crozier van más allá, pues advierten sobre lo arriesgado que puede resultar desde el punto de vista sociológico, invertir completamente el enfoque y tratar de comprender la relación entre los individuos y la sociedad a partir exclusivamente del individuo. Salida falsa que lleva a concebir indebidamente la relación que mantienen los individuos con la sociedad, y hacer de ella un ente abstracto, donde sus miembros actúan separadamente unos de otros. Esta opción analítica conduce a otorgarle a éstos una libertad y una racionalidad ilimitada y a tratarlos de hecho como actores soberanos que negocian libremente las condiciones de su participación en la sociedad. Los hombres no tenemos más que una libertad restringida y sólo somos capaces, correlativamente de una racionalidad limitada. Dicho de otro modo, los actores sociales, su libertad, su racionalidad, sus intereses y necesidades, son construcciones sociales y no entidades abstractas.

La sociedad siempre debe ser considerada como resultado de un conjunto de interacciones con significado compartido bajo condiciones siempre limitadas y contingentes. Así pues, resulta inadecuado exagerar o ignorar la libertad y la racionalidad del actor, para restringirla o ampliarla después de manera arbitraria y abstracta. Lo más eficaz es equilibrar el planteamiento para reconstruir la racionalidad y la libertad del sujeto, ligando su conducta al contexto dentro del cual se le observa, y buscar explicaciones a partir de los mecanismos concretos de interacción, que también son contingentes y que mantienen la sociedad como un conjunto integrado.

Si admitimos que en toda sociedad, el hombre dispone de un margen de libertad teóricamente irreducible para perseguir ciertos fines y hacer valer determinados intereses, es ilusorio querer buscar la explicación de sus comportamientos empíricamente observables, en otro lugar que no sea la forma particular bajo la cual éste haya pasado a formar parte del tramado social al que se halla significativamente interconectado. El problema es entonces plantear la investigación de manera tal que permita descubrir las condiciones materiales, estructurales y humanas del contexto real que limitan y definen esta libertad y esta racionalidad y de ahí deducir el sentido empíricamente observable.

Lo esencial viene siendo la génesis y reproducción de esa construcción humana, cuya constitución responde a innumerables necesidades y a intereses, recursos y oportunidades variables. Rara vez existen objetivos claros al respecto, y menos todavía proyectos coherentes. Estos tienden a ser múltiples, bastante ambiguos, más o menos explícitos y a veces contradictorios. En el camino se rechazan algunos, sobre la marcha se descubren otros y después, aunque más no sea en respuesta a las consecuencias imprevisibles de su acción, es obligado reconsiderar las posiciones y reajustar la mira.

Sería falso concebir el comportamiento social exclusivamente como reflexivo, pero el hecho de que no se le pueda relacionar con objetivos claros, no significa que no sea racional en alguna medida; todo lo contrario. El comportamiento social siempre es un comportamiento que lleva adherido un sentido. En lugar de ser racional con arreglo a ciertos objetivos, lo es en parte con relación al

proceso que lleva a la gente a enfrentarse con el contexto de oportunidades que perciben en relación con el comportamiento de los demás con los que interactúan, y del juego de poder que se establece entre ellos.

Independientemente de sus fuentes, del tipo de legitimación, de sus recursos, métodos y objetivos, el poder siempre implica la posibilidad de que alguien logre que los demás actúen en función de sus propios intereses. Pero no es un atributo de las personas sino del tipo de relación que se establece entre ellas. No puede manifestarse más que mediante el inicio de un vínculo que enfrenta a dos o más actores, dependientes unos de otros, en el cumplimiento de algún objetivo en común que condiciona sus objetivos particulares. Implica una relación de intercambio, una relación instrumental que trae consigo una cauda de consecuencias imprevisibles, inesperadas y disfuncionales.

Además de ser una relación recíproca es desequilibrada. Así el poder puede precisarse como una relación de intercambio y por lo tanto recíproca, pero en la que los términos del intercambio favorecen más a una de las partes involucradas. Es una relación de fuerza de la cual uno puede sacar más ventaja que otro, pero en la que, del mismo modo, el uno no está completamente desvalido frente al otro. La fuente y el fundamento del poder son naturalmente los triunfos, los recursos, las posiciones, las fuerzas de cada una de las partes involucradas. Pero lo que se intercambia no son siempre las fuerzas o la potencia que poseen las diferentes partes, sino sus posibilidades de acción.⁸

⁸ Michel Crozier, El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva, Editorial Alianza, 1990.

El enfoque esbozado sobre la base de estas premisas teóricas es tan útil para entender la situación bajo la cual las personas consideran que la acción ejecutada o proyectada es viable, como para entender, en parte, sus alcances. Entendemos el comportamiento social al meditar sobre la perspectiva bajo la cual los participantes perciben el orden social de determinadas maneras, de acuerdo con las circunstancias históricas que atraviesen, así como al grupo social de pertenencia y/o referencia y al lugar que ocupan en el medio social donde se desenvuelven. O sea, de su biografía social. Toda acción ejecutada o planeada se entiende como resultado de una valoración de lo que es pertinente, viable, accesible, deseable y aceptable para quien se percibe a sí mismo y a su relación con otros de determinada manera. Es en ese marco u "horizonte significativo de oportunidad", parafraseando a Schutz, donde se conforman tanto las decisiones como los deseos o aspiraciones.⁹

Toda decisión relativa a un proyecto se basa en el supuesto de que cualquier acción que suceda dentro del sector del mundo bajo nuestro control real o potencial será practicable. Según la forma como nos representemos una posición en la sociedad frente a la de los demás, habrá cosas que desde esa perspectiva parezcan estar o no a nuestro alcance. Tal vez estuvieron antes y podrían estarlo nuevamente, o bien nunca lo han estado y están al alcance de otro semejante, pero podrían estarlo si intercambiáramos de lugar con aquél. Sea como fuere, existe una selección de cosas y aspectos de las cosas que son significativos en un momento dado, mientras que otras no interesan o están fuera de nuestra vista y posibilidades. La forma en la que nos situamos en torno de algún objeto de interés común, sobre la base de necesidades, valores, intereses,

⁹ Alfred Schutz, El problema de la realidad social, Amorrortu, Bs. As. 1974, Pág., 50.

recursos y oportunidades diferentes, significa la realidad y determina la naturaleza de la interacción social.

En todo ello se hacen presentes tanto aquellos motivos que habitualmente discernimos, como otros, igual o incluso más contundentes, sobre los cuales no es común reflexionar pero que operan como potentes directrices de acción. Lo que cada quien reconoce como fin de su comportamiento social es lo que conscientemente lo motiva actuar. Es ese estado de cosas previamente imaginado que debe ser alcanzado por una acción futura. Pero existe otra clase de motivos, sociológicamente mucho más substanciosos, que aluden a las experiencias registradas a lo largo de la vida que pueden llevar a alguien a actuar de la forma en que lo hace. Me refiero a la sedimentación de todas aquellas experiencias sociales registradas, valoradas e interpretadas subjetivamente. Es raro que ese cúmulo de experiencias vitales sea visualizado por el sujeto. Generalmente, lo que tiene en vista es el motivo inmediato de su acción; las motivaciones que subyacen a la historia de vida, y sobre las cuales se basan las decisiones, expectativas y aspiraciones es revelado solamente a la observación retrospectiva.¹⁰ Aquí es donde se localiza la veta más rica del análisis cualitativo.

CONCLUSIÓN

Quedamos en que los hechos sociales son realidades que emergen del entrecruzamiento de acciones intencionales llevadas a cabo bajo circunstancias históricas que son registradas, interpretadas y representadas desde puntos de vista diferentes. En consecuencia, el estudio de la sociedad remite invariablemente a fenómenos de naturaleza cualitativa, cuya elucidación no depende tanto del tipo de fuentes ni de procedimientos técnicos, como de una estrategia que sea capaz de revivir analíticamente el

¹⁰ Alfred Schutz, El problema de la realidad social, Amorrortu, Bs. As., Pág., 40

sentido, los valores y significados adheridos a la acción. Lo que en términos analíticos implica captar el papel del actor y apreciar el mundo desde su punto de vista, comprendiendo el modo como ellos perciben e interpretan su propia situación así como las consecuencias que se derivan de la conducta seguida.

Asumimos que al no ser determinada la conducta social nunca es completamente previsible; por el contrario, es contingente. Y suponemos que los involucrados son individuos integrales que se ven obligados a manipular y administrar una realidad personal compleja, persiguiendo fines determinados y manipulando ciertos recursos y marcos de referencia acordes con sus intereses y percepciones particulares que han sido forjados en su experiencia de vida.

Lo que sigue es distinguir el valor y el significado que los sujetos le otorgan a la parte de su realidad que cae dentro de nuestro objeto de estudio y comprender el sentido que asume para ellos en sus respectivas problemáticas de vida. En vista de que su conducta se realiza en el marco de las relaciones sociales que mantienen en un momento determinado, tales acciones siempre habrán de ser consideradas como expresiones concretas de las limitaciones y posibilidades que los protagonistas se arrojan, en su afán de participar e incidir sustancialmente en la realidad social inmediata.

Para estar en condiciones de satisfacer las exigencias planteadas por este enfoque analítico, es recomendable recabar abundante material sobre el objeto de estudio propiamente dicho, así como de sus conexiones con otros hechos que pudieran haber sido importantes en su gestación y desarrollo. Por ello, lo más indicado es recurrir a fuentes diversas, desde la entrevista y la observación de

campo, cuando ello es posible, hasta archivos documentales e información censal, así como también a la bibliografía general y específica sobre el tema que esté disponible. En conjunto, se trata de sumar la mayor cantidad de evidencias reveladoras del sentido y significado de la conducta social de los sujetos involucrados en el hecho. Al configurar la situación analizada mediante el entrecruzamiento de las líneas trazadas desde los diferentes puntos de vista implicados en la trama se obtiene una imagen mucho más compleja del objeto de estudio, apuntalando el propósito de captar la historia haciéndose.

A fin de contar con referentes que permitan establecer relaciones entre el tiempo corto y el largo, entre el acontecimiento y la estructura, la información recabada por vía documental o directa debe ser contextualizada en el marco de procesos sociales, políticos y económicos de mayor alcance y duración. Al hablar de contexto no me refiero al recurso tan arraigado en los medios académicos de introducir una dimensión superior de la realidad social como mero antecedente histórico del problema de investigación, o bien, para tender un telón de fondo fijo con la única intención de darle ubicuidad al movimiento de los hechos y personajes más cercanos.

Me refiero a encontrar los lazos que integran a los protagonistas de un objeto de estudio con los niveles más amplios del mundo de vida al cual se hallan ligados significativamente. Pienso que un hecho social es parte del contexto de la misma manera que un pasaje literario es parte indisoluble del argumento de la obra. Hecho y contexto, al igual que otras antinomias como individuo y sociedad, interno y externo, centro y periferia son partes constitutivas de un mismo tejido social elaborado con base en la interacción significativa de los participantes a

diferentes niveles de la vida social.

En términos operativos, esta premisa teórica nos obliga a cumplir con el mandato de no aislar al actor de la sociedad ni del proceso social en el que participa, y a buscar la racionalidad de su acción en el medio social dentro del cual transcurren sus experiencias. La trama resultante de este procedimiento analítico es la única vía idónea que faculta al investigador a escalar dimensiones histórico-sociales superiores en procura de una reconstrucción más compleja de su objeto de estudio. Para quienes nos dedicamos a la investigación sociológica, esta perspectiva teórica es particularmente indicada. No solo por ser la vía más idónea para llegar a aumentar nuestro conocimiento sobre las bases sociales que sostienen a nuestros objetos de estudio, sino también para justipreciar debidamente las posibilidades reales de cambio. Difícilmente podremos darle una solución efectiva a los problemas que motivan nuestro interés si no alcanzamos a conocer la estructura social que los sostiene y a identificar los patrones de acción que reproducen sistemáticamente.